



Personas / Juan Eduardo Cirlot

Luis Bodelón

*Las situaciones son simbólicas.
El punto débil de los hombres actuales
es que actúan analíticamente y con ello
destruyen lo mágico*

Hugo von Hofmannsthal
El libro de los amigos

“Avanzamos hacia el laberinto luminoso de los símbolos, buscando en ellos menos su interpretación que su comprensión; menos su comprensión –casi– que su contemplación, su vida a través de tiempos distintos y de enfoques culturales diversos”, escribe hacia 1958 Juan Eduardo Cirlot en el prólogo a la primera edición de su *Diccionario de símbolos*. Más tarde, en 1969, en la segunda edición, Cirlot adjuntó dos citas. Una, de Salustio: “El mundo es un objeto simbólico”. Y otra, de Hebbel: “El deber más importante de mi vida es, para mí, el de simbolizar mi interioridad”.

De este modo, en el pórtico de una de sus obras fundamentales, Cirlot precisaba dos vertientes de un paisaje cuyo recorrido ocuparía buena parte de su vida: desde aquellos días, quizá, en que soñaba con estudiar Egiptología, aún en los jesuitas, hacia 1926, con diez años, cuando, durante el Bachillerato elemental, leía sobre los misterios de Heliópolis y el culto solar, la V^a dinastía y el faraón Userkaf... a tiempo después, cuando, estudiante de música con el maestro Ardevol, descubre, con 19 años, la *Sinfonía de los Salmos*: “Era el 15 de marzo de 1935. Con una ortodoxia wagneriana, alimentada por el exclusivo y continuado estudio de las partituras de este maestro, asistía yo a un concierto en el cual iba, no sólo a oír música bien distinta, sino también a poder contemplar a su creador. Igor Strawinsky, en Barcelona, daba a conocer obras de su, entonces, último período”, recordará Cirlot años después.

La pasión por Egipto, así parece, había cedido su lugar a la música, pero, no nos engañemos, lo uno se había unido a lo otro, de modo natural, y, pronto, en 1937, nacerán los primeros frutos de la que, finalmente, sería actividad elegida por Juan Eduardo Cirlot para expresar, penetrar, simbolizar, su interioridad: el ejercicio y búsqueda del poema: la poesía.

“Busco un verso que, en su línea (a la fuerza simple y melódica) sea la síntesis de una “polifonía de polifonías”, una compleja estructura de procesos análogos, densa y a la vez transparente”, declaraba Cirlot en entrevista con J. Croset (*La Vanguardia*. 30-3-67). Y, en un artículo: “Podría decirse que hay dos vías paralelas

de poesía; y aún de pensamiento, en todos los tiempos: la lógica y la mágica, la “clara” y la “oscura”. Y, más adelante: “la oscuridad puede ser “dirigente” (inspirada) o “dirigida” (artificio) y ésta es una distinción para nosotros más importante que cualquier otra. Si, en el segundo caso, poesía oscura es meramente una forma de escritura y de comunicación, en el primero es la recepción de un mensaje, actúe éste a través de las fuerzas verbales, de la imagen, o del principio mismo hermético en que el autor se sitúa al empezar a escribir, es decir, a inscribir su alma”.

Año tras año, la obra poética de Cirlot fructifica recogida en libros editados, con frecuencia, a cuenta del autor: *Seis Sonetos y un poema de amor celeste* (1943), *Segundo canto de la vida muerta* (1953), *Blanco* (1961), *Anahit* (1968), *La Quête de Bronwyn* (1971)... entre otros.

En el prólogo del último, podemos leer: “He empleado un procedimiento caro a los poetas de la Irlanda céltica –de la que procede una rama de mis antecesores– que consiste en la duplicación de un nombre sustantivo o adjetivo. El tema corresponde al ciclo “Bronwyn”, pero asume una forma distinta, en el fondo argumental, a la manera de la “quête” del Medioevo, de ahí su título.”

Y: “Nunca ocultaría que mi interés por la aliteración (sea estricta o no) deriva de influencias medievales (literaturas célticas galesa e irlandesa, altogermánica y escandinava-islandesa), pues en estas obras –cuyo sentido he penetrado en traducción inglesa, pero cuyo “sistema” he visto directamente en los originales– he encontrado una inmensa belleza sonora que no sé si, en mi castellano, he podido evocar.”

Olvide el lector la última duda. El sonido en la poesía de Cirlot crea pasajes deslumbrantes y le emparenta a aquellos músicos que él amó: Scriabin, Schönberg, Berg, Wagner, Mahler, Webern, Penderecki... No olvidemos que el propio Cirlot llegó a componer y que sus conocimientos de la atonalidad, del dodecafonismo –donde variaciones de orden (series) organizan la música– le llevaron a relacionar uno de sus hallazgos, la poesía permutatoria con el sistema de Schönberg.

Como precisa Cirlot en carta (11-X-1972) a Leopoldo Azancot: “Mi descubrimiento de la poesía permutatoria en la primavera de 1954, se efectuó de un modo espontáneo y tumultuoso, en parte como resultado de una lectura de “las golondrinas” de Bécquer. Hice entonces un poema que no eran sino permutaciones de ese poema becqueriano. Como esa obra me pareció más bien caótica, realicé fríamente “El palacio de plata”, a finales de ese año, y lo publiqué en 1955. En el intervalo entre los dos poemas, me di cuenta de que había llegado a la misma conclusión que Arnold Schönberg en su música dodecafónica (1923), sustituyendo el desarrollo temático por la variación y la permutación. Más tarde relacioné la música de Schönberg, que como sabes era judío, con la técnica permutatoria de la Kábala...”

De algún modo, en algún “lugar”, concebía Cirlot una profunda unión entre todas las artes: poesía, música, escultura, pintura... Así, escribe: “La vida, una música que crea esculturas que, por seguir siendo música, se desarrollan, culminan, cambian, decaen, cesan.”

Cesan.

Y, al respecto, citando a Marius Schneider: “Se alcanza el punto culminante (de una existencia) cuando una persona oye su propia melodía, es decir la melodía de su propia alma, pero no cantada por ella misma, sino emitida por algo o alguien *que está fuera del cuerpo físico de esa persona*. Nadie puede escapar al dictado imperioso de esa voz... Es la hora de la muerte.” Añadiendo Cirlot: “Por eso Wagner puede llamar a la amada auténtica *mensajera de la muerte*.”

Amor, muerte... En otra parte, leemos: “La que llamo Bronwyn, en poesía, es el centro del “lugar” que, dentro de la muerte se prepara para resucitar; es lo que renace eternamente.”

La aventura poética de Cirlot alcanza aquí, con Bronwyn, con los poemas de Bronwyn, una intensidad “última” (se podría decir). Es la saga del amor sufi, provenzal, o hindú, cantado por Rumi, Ventadorn, o Kabir... Ya sea el amor del Amigo –o Amado, de la Dama –o Amada, o, incluso, el propio amor-pasión entre hombre y mujer, que está el principio de la quête de Bronwyn: “la doncella céltica del siglo XI, que, de imagen de mujer se transformó para mí en *Daena* o *fravashi*, luego en la misma *Shekinah*, y, más tarde, ahora, en una noción envolvente que me acoge sin que pueda en modo alguno intentar definir de qué clase de “presencia” se trata...”, cuenta Juan Eduardo Cirlot en el prólogo a *Bronwyn, w* (1972).

Por otro lado, uno recuerda la polaridad *Brahman-Maya*, el verdadero ser y las ilusiones del mundo, respectivamente, del pensamiento Vedanta al llegar a este párrafo:

Cada luz, cada ser, cada ángulo está habitados por el infinito con su disposición en dispersiones. Vemos una torre, una habitación, un sepulcro. Vemos una constelación y vemos el mar, sobre todo el mar. Pero no vemos nada. No hay nada, Bronwyn. No hay nada. Y todo conspira para fingir que existe, hasta mi corazón apoyado en mi cerebro. *Bronwyn III* (1968).

En esta confidencia a la “amiga”, orilla del verdadero ser, en esta desesperanza ante las apariencias del mundo, uno puede escuchar también la voz interior del *Atman* en su busca de *Brahman*, aparte del espacio y el tiempo, como enseñan los *Upanishads* o el maestro Shankara, o, incluso, las *leys d'amors*: igual que el amante suspira por la “amiga”, tornándose todo vacío si ella no está, así el *Atman* siente el mundo vacío, si no da con *Brahman*.

Hechos estos que nos acercan a la singular aventura Bronwyn- Cirlot y nos llevan a otra cuestión: la dedicación temprana de Juan Eduardo Cirlot al estudio del arte. Quizá, precisamente, porque, partiendo de lo aparente, el arte intenta encontrar lo real.

“Arte es: expresión representada.” Escribe Cirlot en los años 40, década importante, sin duda, en la vida de nuestro autor, pues puso a punto libros como: *Igor Strawinsky*, *Miró*, y el *Diccionario de símbolos*. Trabajos que sorprenden por la penetración y erudición que conjugan. A la vez, en 1949, se une a *Dau-al-Set*, el grupo de Joan Brossa, Arnold Puig, Tharrats, Ponç, Tapies y Cuixart. Cirlot escribirá el Manifiesto. Anotando, al respecto, mucho más tarde, en 1967: “Dado a siete puntos-imposible, valoración de lo irracional.”

También, en 1949, mantiene correspondencia con André Breton, y, sobre todo, ese mismo año conoce al profesor Marius Schneider (filólogo, etnólogo, musicólogo) quien le inicia directamente en la simbología y en las analogías profundas entre música, cultura y símbolo.

A partir de aquí, la labor investigadora de Cirlot se centrará especialmente en los símbolos, tanto estudiados directamente, por sí mismos, desnudos, como tras el velo de las obras de arte.

La labor de Gaudí, Cuixart, Tapies, Lucio Fontana Picasso, Román Valles, Subirachs... Los diferentes estilos y artes del siglo XX, y, más lejos, la prehistoria, la

Edad Media, la pintura gótica, serán el contenido de numerosos libros (editados por Argos, Gustavo Gili, Cobalto, Omega, Seix Barral, entre otras editoriales).

Arte....Y poesía. Porque el pensamiento y obra de Blake, Nerval, Lovecraft, Poe, Trakl, Berg, los paralelos entre colores y sonidos, entre Rotkho y Scriabin, la oscuridad poética, serán algunas de sus colaboraciones para *Papeles de Son Armadans*, *La Vanguardia*, o *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Diadema y corona, a todo ello se unirá el *Diccionario de símbolos*, a través del cual, a veces, parece soplar el viento. O la poesía. La misma que hiciera a Cirlot escribir: “En la rosa, la estrella es lo que vence.”

Octubre, 1989

Bibliografía

- Cirlot, J. E., *Poesía de J.E. Cirlot*, Editora Nacional, Madrid, 1974.
Cirlot, J. E., *Obra poética*, Juan Eduardo Cirlot, Cátedra, Madrid, 1981.
Cirlot, J. E., *Igor Strawinsky*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1949.
Cirlot, J. E., *Pintura gótica europea*, Editorial Labor, Barcelona, 1969.
Cirlot, J. E., *Diccionario de los ismos*, Editorial Aergos, Barcelona, 1949.
Cirlot, J. E., *Diccionario de símbolos*, Editorial Labor, Barcelona, 1969.
Revista Poesía, núms. 5-6, invierno 1979-80, Ministerio de Cultura, Madrid